

César Rengifo

El vendaval amarillo



Alcaldía
de Caracas

Fondo Editorial Fundarte



Alcaldía
de Caracas

CÉSAR RENGIRO

Nació en Caracas el 14 de mayo de 1915. Escritor, artista plástico, periodista. Estudió en la Academia de Bellas Artes de Caracas entre 1930 y 1935. En 1937 vivió en México y tuvo contacto directo con el movimiento muralista mexicano. De regreso a Venezuela en 1938, se involucró en las luchas políticas, afiliado al Partido Comunista. Reportero, redactor y coordinador de páginas culturales, formó parte del equipo fundador del diario *Últimas Noticias* en 1941. En 1953 fue fundador del grupo teatral «Máscaras», dedicándose por entero a la dramaturgia y la puesta en escena. Paralelamente, su actividad pictórica le valió galardones en los salones de arte de la época, y el Premio Nacional de Pintura en 1954. Entre 1954 y 1955 ejecutó su famoso mural dedicado al héroe mítico caribe Amalivaca en el Centro Simón Bolívar. Fue Director de Extensión Cultural de la Universidad de Los Andes de Mérida entre 1958 y 1960. Desde 1959 concurrió con sus obras al Festival de Teatro Venezolano, obteniendo varios premios. En 1980 se le otorgó el Premio Nacional de Teatro, poco antes de fallecer, el 2 de noviembre, en Caracas.



El vendaval amarillo

En la noche de la luna llena
que se pone en el horizonte,

En la noche de la luna llena
que se pone en el horizonte,

En la noche de la luna llena
que se pone en el horizonte,

En la noche de la luna llena
que se pone en el horizonte,

En la noche de la luna llena
que se pone en el horizonte,

En la noche de la luna llena
que se pone en el horizonte,

En la noche de la luna llena
que se pone en el horizonte,

En la noche de la luna llena
que se pone en el horizonte,

En la noche de la luna llena
que se pone en el horizonte,

En la noche de la luna llena
que se pone en el horizonte,

En la noche de la luna llena
que se pone en el horizonte,

En la noche de la luna llena
que se pone en el horizonte,

En la noche de la luna llena
que se pone en el horizonte,

En la noche de la luna llena
que se pone en el horizonte,

César Rengifo
El vendaval amarillo
Drama en tres actos
(1952)



Colección Biblioteca César Rengifo

2^a Edición. Fundarte 2015

Colección Biblioteca César Rengifo - Nº 15
© Fundación para la Cultura y las Artes, FUNDARTE 2015

El vendaval amarillo
CÉSAR RENGIRO

Imagen de portada

Título: *El regreso*

Autor: CÉSAR RENGIRO

Técnica: Óleo s/tela

Dimensiones: 96 x 72 cm

Año: 1969

Tomado del libro: *Rengifo. JORGE NUNES Ernesto Armitano Editor. 1981*

Al cuidado de: HÉCTOR A. GONZÁLEZ V.

Diseño y concepto gráfico general: DAVID J. ARNEAUD G.

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal: N° 2342014800584

ISBN: 978-980-253-602-3

FUNDARTE. Av. Lecuna, Edif. Tajamar, PH

Zona Postal 1010, Distrito Capital, Caracas-Venezuela

Telefax: (58-212) 5778343 - 5710320

Gerencia de Publicaciones y Ediciones



Antonio Briceño, *El sol nupio*, 1979

COLECCIÓN BIBLIOTECA CÉSAR RENGIFO

La permanente obsesión artística de César Rengifo (1915-1980) fue la de captar, representar o expresar lo que él concebía como la esencia de la venezolanidad. Integrante de una generación que cobró conciencia en medio de las luchas contra el gomecismo, Rengifo hizo suya la misión de resaltar o, en su defecto, encarnar, la manifestación de un espíritu nacional.

Esa esencia o espíritu propiamente venezolano aparecía a sus ojos impregnado del sufrimiento humano y de la injusticia social que caracterizaron la Venezuela del siglo xx que le tocó presenciar, y de los cuales quiso asumir una incansable denuncia con los medios expresivos que le parecieron, en su momento y en sus circunstancias, los más genuinos y auténticos.

Fue quizás el primero en plantearse con total firmeza la noción del arte como compromiso social, tal como entró en vigencia en las discusiones de los movimientos revolucionarios posteriores a la Segunda Guerra Mundial, a la vez que se insertaba en la tradición del nacionalismo histórico representado, entre otros, por Mario Briceño Iragorry, a quien Rengifo admiró, ahora replanteado desde el materialismo histórico como postura anticapitalista y antiimperialista.

Creador polifacético, formado durante años en la Academia de Bellas Artes de Venezuela y en contacto con el movimiento muralista mexicano, su legado más prolífico y consistente se halla en su obra teatral, por la que ha sido considerado como el iniciador de la dramaturgia contemporánea venezolana.

El teatro de César Rengifo, que comprende cerca de cincuenta piezas, ha sido clasificado como abarcando cuatro grandes ámbitos: el histórico (con obras como *Lo que dejó la tempestad* y *Oscéneba*); el político (con *¿Por qué canta el pueblo?* o *Muros en la madrugada*); el social (con *La fiesta de los moribundos*, *La esquina del miedo* o *La sonata del alba*) y el psicológico (con *Yuma o cuando la tierra esté verde* o *En mayo florecen los apamates*).

*A la buena gente de Burbusay,
pueblo de páramos, junto a cuya
bondadosa hospitalidad cobraron
forma estos pensamientos.*

Y los veneros de petróleo, el Diablo.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

Personajes

CRISANTO: Campesino agricultor. Cincuenta y cinco años

ANTONIO: Campesino agricultor. Sesenta años

ZOILO: Agricultor y comerciante en pequeño, luego obrero.

NATIVIDAD: Mujer de Crisanto, y maestra de primeras letras.

CAMILA: Hija de Antonio. Veintitrés años

OBRERO I

OBRERO II

GENTES

Acción

Transcurre en un lugar del estado Zulia, durante los años 1938-1939.

ACTO I

Al iniciarse la acción al escenario está completamente oscuro, únicamente cerca del proscenio y en el lateral izquierdo hay un tronco de árbol cortado casi a dos cuadras del suelo y levemente iluminado por una luz violeta.

(Por el lateral derecho e iluminado por una luz difusa de reflectores aparecen Zoilo y dos obreros. La vestimenta de los tres se ve sucia y con huella de humo y quemaduras. Zoilo camina con dificultad, sostenido por sus acompañantes, lleva un brazo en cabestrillo y se muestra agobiado por una gran fatiga. A medida que ellos avanzan, el fondo se ilumina intermitentemente con golpes de luz rojiza, mientras a lo lejos se oyen explosiones y un rumor difuso)

ZOILO: ¿Sigue el incendio?

OBRERO I: ¡Sigue!

ZOILO: ¡Deben regresar!

OBRERO II: ¿Y tú?

ZOILO: Puedo seguir solo; el hospital ya no está lejos.

OBRERO I: ¿Solo? ¿Y la pierna? ¿Y el brazo quebrado?

ZOILO: Es verdad. Pero ustedes deben volver allá.

(Llegan junto al tronco) Los aguardaré aquí, estoy cansado.

OBRERO II: (*Ayudando a Zoilo a sentarse en el tronco*) Bueno, es mejor; vendremos pronto a buscarte. No te muevas.

(*El obrero I saca un cigarrillo, lo enciende y se lo da a Zoilo. Luego hace una señal al Obrero II y se van, desapareciendo en la oscuridad. A lo lejos se oyen nuevas explosiones sincronizadas con los violentos golpes de luz rojiza. Zoilo se seca el sudor de la frente con la manga del brazo sano, y luego de una pausa, da una chupada al cigarrillo*)

ZOILO: Fuego, humo, cenizas. Si creyera en demonios podría decir que ellos han caído aquí, para vaciar sus palas llenas de tantas cosas malas. Pero no han sido demonios lo que ha caído... ¡Cuántas calamidades en tan poco tiempo...! ¿Poco tiempo? Tengo la impresión de que fue hace siglos que se soltaron por aquí, pero a veces, también me parece que todo comenzó ayer. Con sólo cerrar los ojos vuelvo a encontrar el pueblo viejo, con su río sembrado de pomarrosas, las casas de telas, la escuelita, y la pobreza de todos arañando los pequeños conucos para comer. Por doquier los alambre de púas de los grandes latifundios corriendose cada día y estrechando más al pueblo. ¿Qué se hizo todo? Las alambras siguen... (*Vuelven a verse en el fondo los resplandores rojizos*) y sigue también el fue-

go (*Arroja el cigarrillo*) y la angustia. Pueblo Viejo estaba en ruinas, las alambradas de las grandes haciendas se habían ido corriendo a través de los años y sólo quedaban para sembrar unas pequeñas vegas a la orilla del río. Muchos se iban huyéndole al hambre, pero otros seguían allí con la esperanza de que los alambres habían de ser quitados, de que la vida cambiaría algún día. Pero los alambres dieron paso al diablo... (*Se pone de pie*) Un día en Pueblo Viejo, ocurrió algo extraordinario... (*Da unos pasos con suma dificultad*)

(*La luz se apaga, segundos después se vuelve a encender y aparece el interior de la casa de Crisanto*)

Es una sala con un pequeño corredor a la derecha que hace de entrada. En el lateral izquierdo hay una puerta que comunica con las dependencias interiores. Al fondo una ventana con reja permite ver un paisaje rural. La habitación presenta un aspecto pobre, pero muy limpio. Hay diversos muebles sencillos. Sillas de paja, mesa de centro. Un mecedor, algunas repisas en las paredes y varios retratos. En un ángulo se encuentra un pequeño pizarrón colocado contra la pared; junto a él hay un viejo mapa de Venezuela. Frente al pizarrón y colocadas una junto a otra, hay cinco sillas o banquitos.

(La escena está sola, segundos después por el corredor entra Antonio. Aparenta más edad de la que tiene. Viste traje de dril con blusa y farnela; calza zapatos y lleva sombrero. A lo lejos se oye una música venezolana, popular, alegre)

ANTONIO: *(Llamando)* ¡Crisanto, Crisanto!

CRISANTO: *(Llamando por la puerta que da al interior, viste de dril y calza alpargatas)* ¡Ah!, eres tú, Antonio. ¿Qué te trae por aquí tan temprano? ¿Tienes alguna novedad en la casa?

ANTONIO: No, en casa no hay novedad, es en el pueblo...

CRISANTO: En el pueblo... ¿qué ocurre?

ANTONIO: Pues, que eran ciertos los rumores. Los dueños vendieron sus haciendas a las compañías, dicen que por un dineral...

CRISANTO: Bueno, allá ellos. *(Pausa)* Para lo que hacían con estas tierras. Daba lástima el abandono en que estaban... ¡Y tan buenas tierras!

ANTONIO: Parece que por debajo son puro petróleo. Por eso fue el negocio...

CRISANTO: ¡Ah! Tenía que ser por es... Pero ¿será verdad?

ANTONIO: ¡Claro que lo es! Se dice que también hay en los terrenos ejidales y que ya algunas compañías están gestionando para conseguirlos, comprados o en arrendamiento.

CRISANTO: Deben ser cuentos. La gente habla y exagera mucho. ¿Acaso porque haya en las haciendas —lo que aún no creo— va a haber en todas partes?

ANTONIO: Pues, compadre, como que no son cuentos. Parece que sí hay mucho de cierto en eso de que todo esto por debajo es petróleo...

CRISANTO: Siempre tan crédulo, al pueblo tienen que dejarle tierras. ¿Dónde vamos a sembrar entonces? Ya apenas quedan las vegas.

ANTONIO: Será en la misma orilla del río.

CRISANTO: ¿En el pedregal? No me hagas reír...

(*Entra Zoilo*)

ZOILO: Buenas... ¿Cómo están por aquí?

CRISANTO: Será bien, Zoilo, ¿y tu?

ZOILO: Risueño y alegre como un turpial... ¿Supieron la noticia?

ANTONIO: ¿La de las haciendas?

ZOILO: ¡Claro! ¿Qué otra podría ser?

CRISANTO: Hablábamos de eso

ZOILO: (*Estrujándose las manos*) Tenemos petróleo. Una gran fortuna para este lugar. Ahora sí es verdad que salimos adelante.

ANTONIO: (*A Crisanto*) ¿Ves que es cierto?

ZOILO: (*Continuando*) Y parece que hoy mismo comienzan los trabajos, hay apuro por sacarlo...

ANTONIO: (*A Crisanto*) ¿Se da cuenta?

CRISANTO: ¡Cónfiro! ¡Hoy mismo!

ZOILO: Ya están llegando a la loma de arriba las máquinas y los camiones, y mucho gringo... ¡Son los que traen la plata!

ANTONIO: Entonces, la cuestión es un hecho... Se compuso esto. Ahora sí es verdad que se acabó la miseria, porque dicen que adonde llega el petróleo...

ZOILO: Todo cambia como por arte de brujería...

ANTONIO: Con los gringos no hay tontería. ¡Esa gente trabaja y da a ganar!

ZOILO: Así es. Conversé con uno que llegó con las máquinas. Me dijo mirando el paisaje que todo esto cambiará, y que pronto habrá riqueza, civilización, progreso...

ANTONIO: (*A Zoilo*) Tu pequeña pulperia se irá para arriba. Ahora sí se convertirá en un verdadero negocio y podrás dejar el conuco.

ZOILO: Lo que es esa pequeña ratonera la convierto en un gran almacén, con la ayuda de Dios, claro. (*A Crisanto*) ¡Ah, viejo!, esto es lo que se llama una gran suerte para el pueblo. Ahora si le ponen su luz, y su acueducto, y puede que hasta arreglen la plaza y las calles...

CRISANTO: Ojalá que así sea... Algo debemos ganar...

ANTONIO: ¿Algo...? Mucho... ya verás... ¡Con el dineral que va a correr!

ZOIRO: El petróleo es plata... ¡Oro negro, como le dicen, y del bueno!

CRISANTO: Hay que esperar para ver.

ZOIRO: No seas tan descreido, compadre, si ya estamos viendo.

(*Entra Natividad, aspecto bondadoso, ademanes suaves, trae una vasija de barro llena de agua*)

NATIVIDAD: ¡Que bueno!, tenemos visitas tempraneras... ¿Cómo están ustedes?

ANTONIO: Bien, Natividad...

ZOIRO: Y yo muy contento...

CRISANTO: (*A Natividad*) Tendrás que apurarte, pues ya es hora de que lleguen los niños.

NATIVIDAD: No creo que vengan, pues todo el pueblo es un alboroto con la llegada de esas máquinas y la noticia del petróleo. Parece como si hubiera fiesta. Donde Margarita hasta han adornado las ventanas y puesto la bandera.

CRISANTO: ¡La gente es muy novelera!

ZOIRO: Hoy tienen razón, compadre. Es el progreso que ha llegado, una nueva vida para todos...

NATIVIDAD: Dicen que han bajado como cuarenta camiones cargados de máquinas y de hierro, y sobre todo, mucha gente forastera... (*Va adentro*)

ZOILO: (*A Crisanto*) ¿Se fija? ¡La cosa es grande!

ANTONIO: ¡Así es!

(*Entra Camila, morena, sensual, viste con sensillez*)

CAMILA: Buenos días, todos...

CRISANTO: Buenas, Camila, estás muy bonita y muy madrugadora...

ZOILO: Es la estrellita del pueblo...

CAMILA: (*Sonriendo y a Antonio*) ¡Te andaba buscando...!

CRISANTO: ¡Ajá! La hija detrás del padre... ¿Lo vas a regañar, Camila?

CAMILA: Se vino sin desayuno y eso le hace daño

ZOILO: Yo también ando así, pero hoy es un día extraordinario.

ANTONIO: (*A Camila*) ¿Tu hermano ya se fue para la vega?

CAMILA: No, dejó la escardilla y se marchó con Raúl hacia la loma de arriba a ver los camiones que están llegando.

CRISANTO: ¿Con el hijo mío? Lo hacía limpiando el maíz n el conuco. ¿Y para qué irían a la loma?, porque un camión no tiene nada de particular...

CAMILA: Oí decir a otros muchachos que los gringos ya están ofreciendo empleos con buenos sueldos y todos quieren aprovechar.

CRISANTO: ¿Pero Trino y Raúl están locos? ¿Pien-
san acaso meterse a trabajar con los musiús?

ZOILO: Son jóvenes y deben tener aspiraciones...
Toda la vida no pueden estar agarrados a una
escardilla.

ANTONIO: Es cierto, piensan en otros horizontes...

CRISANTO: Pero la escardilla nos ha dado la comida
hasta ahora.

ZOILO: A los muchachos hay que dejarlos andar so-
los alguna vez, compadre, ¡y más ahora que es
tiempo de progreso!

ANTONIO: ¡Naturalmente! Si Trino quiere dejar de
arañar la poquita tierra que queda para buscar
otra cosa, lo dejaré... Lo cierto es que ese conu-
co ya no produce ni para medio comer...

ZOILO: Así es. ¡Además, las tierras escasearán más!

CRISANTO: Pues me gustaría que Raúl siguiera junto
a la tierrita... Y si quitan las vegas de arriba,
buscaremos otras, y si no hay, ahí queda El Pe-
dregal...

ZOILO: ¡Ah, caramba! Ya piensa en El Pedregal,
hace rato no le gustaba.

CRISANTO: Digo, si no hay tierras... Aunque El Pe-
dregal es fresco y debe dar buena caraota; ade-
más el río lo riega bien...

CAMILA: Eso es ahora... Pero oí decir al señor co-
misario que al río lo van a desviar muy arriba

para tirarlo hacia un canal que construyen las compañías, no sé dónde...

CRISANTO: ¡Cómo! ¿Van a desviar el río...? Y entonces, ¿qué agua va a tener esto?

CAMILA: Así dijo.

ANTONIO: ¡Debe ser un cuento!

CRISANTO: Tiene que serlo. ¿De dónde sacaría el agua para regar y beber...? Tendríamos que ir a buscarla al lago y esa es salobre... Además está muy lejos.

ZOILO: (*A Crisanto*) No te preocupes mucho por eso. El comisario es muy hablador y le gusta inventar cosas...

CRISANTO: Tiene que ser así. Figúrate, desviar el río. ¡Qué locura!

ZOILO: Esa gente hace sus trabajos muy bien y no van a dejar este pueblo sin su río; por eso no debemos ni preocuparnos.

ANTONIO: Saben mucho, nunca hacen cosas malas sino muy bien hechas...

CAMILA: Dicen por ahí que van a construir un pueblo nuevo aquí mismo, con cines y grandes edificios.

ZOILO: Son capaces de todo y pueden hacerlo...

CRISANTO: Con tal que dejen quieto el río, que hagan lo que quieran. (*A Camila*) Tengo hambre,

anda y dile a Natividad que nos preparé café y algunas cositas de masticar.

CAMILA: Bueno.

(*Camila va al interior. Afuera se oyen voces y gritos de júbilo*)

ZOIRO: Oigan cómo está la cosa afuera, por todas partes hay alegría.

(*Entra la Vecina, delgada, nerviosa, camina con premura*)

VECINA: (*Sin saludar*) ¿Está Natividad?

CRISANTO: Sí, vecina, está en la cocina, pase usted...

VECINA: Con el permiso, pues, y perdonen que ni siquiera dé los buenos días, pero estoy apurada...

(*Pasa al interior*)

CRISANTO: Margarita siempre anda así... ¡Como un caballito de diablo!

ZOIRO: El negocio de la posada la va a volver loca.

(*Afuera se oyen nuevamente voces y gritos junto con bocinazos y ruidos de motores de autos y camiones*)

ANTONIO: (*Caminando hacia la puerta del comedor*) Voy a curiosear, la cosa como que aumenta... (*Sale*)

ZOIRO: Es una verdadera fiesta...

(*Llegan del interior Natividad, Camila y la Vecina. Esta trae varios platos vacíos, tazas y cubiertos*)

tos. Natividad y Camila, por su parte, traen una bandeja con tres tazas llenas de café y un mantel)

NATIVIDAD: (*Poniendo el mantel en la mesa mientras Camila coloca las tazas y los cubiertos*) Beberán antes el café, ya lo demás va a estar...

VECINA: (*A Natividad*) ¿Y no le harán falta esos platos y cubiertos?

NATIVIDAD: No, Margarita, no te preocupes.

VECINA: (*A Crisanto*) Vine a hacerle un préstamo a Natividad, pues tengo la posada llena de gente forastera y todos quieren desayuno. No sé qué voy a servirles.

ZOILO: Y eso va a ser diario, Margarita...

VECINA: Así dicen, en el fondo estoy muy contenta.

ZOILO: Cómo no va a estarlo, ganará plata y su posada podrá convertirla en un gran hotel...

VECINA: ¡Qué cosas dice usted...!

NATIVIDAD: ¿Y por qué no, Margarita? Ojalá sea así...

VECINA: Los ángeles digan amén. Pero me voy, pues allá deben estar esperándome... (*Sale*) (*Entra Antonio*)

ANTONIO: Eso hay que ir a verlo. Primera vez que hay en este pueblo tanta gente... Y no se habla sino del petróleo y de la plata que correrá... Mejor dicho, que ya empieza a correr...

CRISANTO: (*A Antonio*) ¿ No oíste hablar algo del río?

ANTONIO: Nada, cuentos...

NATIVIDAD: ¿Qué hay con el río?

CAMILA: Que lo van a desviar... Dicen...

NATIVIDAD: Eso tienen que ser mentira.

CRISANTO: Claro, pero me preocupa que lo digan.

ZOILO: No sea tonto, compadre. No se van a meter con el río, pero si lo hacen tenga la seguridad de que será para el bien de todos, para el progreso de este pueblo...

ANTONIO: Claro. Esos gringos saben lo que hacen.

CRISANTO: ¿Y si lo desvían de verdad?

ZOILO: Quítese la idea de la cabeza... Pero si ocurre no nos debe preocupar mucho, pues el petróleo nos devolverá en cambio un río de oro.

ANTONIO: Eso es como dice Zoilo. Tendremos un río de oro en vez de ese hilo de agua sucia, y cuando haga viento salpicará hacia arriba monedas de oro... Ja, ja... ¡Qué bueno debe ser un río de oro!

NATIVIDAD: Están hablando mucho y el café se enfriá. Beban que voy a traer lo otro. (*Va adentro*)

(*Afuera se oyen con más fuerza los gritos y voces; también el estallido de cohetes entre música y camiones*)

CAMILA: (*Corriendo hacia la puerta que da a la calle y deteniéndose en el dintel*) Ahí van los camiones cargados de gente... También van los muchachos... ¡Adiós, adiós...! Ahí van Trino y Raúl... (*Grita*) ¡Trino! ¡Raúl!

NATIVIDAD: (*Entrando con los platos servidos que pone sobre la mesa*) ¿Raúl? ¿A donde va? (*Corre hacia la puerta, se asoma; luego regresa*)

CRISANTO: (*Asomándose también para regresar al instante donde Zoilo y Antonio*) Es cierto, todo el pueblo está en la calle... ¡Hay una verdadera fiesta! ¡Como si fuera carnaval!

ANTONIO: Y nosotros aquí sin gozar nada... ¿Por qué no salimos a ver?

ZOILO: No sería malo...

VECINA: (*Entrando alegre*) Natividad, en la plaza están los niños de tu escuelita cantando canciones...

NATIVIDAD: Y yo sin saberlo... ¡Gozan también la fiesta!

VECINA: También... Anda a verlos... (*Sale*)

ZOILO: (*A Crisanto*) Todo es júbilo... ¿Salimos entonces?

CRISANTO: Bueno, vamos... (*Sale seguido de Zoilo y Antonio*)

NATIVIDAD: Pero, ¿y el desayuno...?

CRISANTO: (*Desde la puerta*) Volvemos ya, sólo iremos hasta la plaza. Hay que ver de cerca el río de oro que nos llega...

(*Salen, mientras afuera crecen los gritos de júbilo y un cuatro y un clarinete dejan oír una alegre música venezolana, a tiempo que estallan cohetes y petardos. La luz se apaga pausadamente... segundos después enciéndese la luz violeta junto al tronco del proscenio y divisase a Zoilo tal como estaba al iniciarse la acción*)

ZOILO: Desde aquel día vinieron grandes cambios. En las extensas tierras alambradas comenzaron a nacer torres y tubos de acero. Llegó mucha gente nueva al pueblo. Uno a uno, los jóvenes primero y los viejos después, fueron enrolándose en las compañías. Las manos no volvieron a tocar más los terrones, y poco a poco se fueron acostumbrando a las maquinarias, al aceite. ¡Todo, efectivamente, comenzó a cambiar!

(*La luz se apaga*)

A lo lejos comienza a oírse una música de jazz que va aumentando hasta hacerse estrepitosa; al llegar a un límite cesa y la escena se enciende totalmente, apareciendo la misma sala de la casa de Crisanto. El paisaje de fondo se divisa por la ventana; ya no es verde sino erosionado. Natividad está en escena y se ocupa de limpiar algunos muebles y en acomodar el pizarrón y

las sillitas. Entra Trino, vestido de over-all, calza alpargatas, lleva en la mano un palo y un pequeño portaviandas.

TRINO: Buenos días, madrina, y ¿Raúl?

NATIVIDAD: Muy de mañana lo vino a buscar un gringo en un camión. Se fue sin tomar café. Cuando se estaba montando me dijo que te esperaba en el campamento.

TRINO: Ibamos a salir juntos, pero me quedé dormido... Ahora tendré que ir caminando...

NATIVIDAD: Me ha dicho Antonio que ahora te trasnochas y bebes, por eso te levantas tarde... ¡Eso está malo!

TRINO: No crea usted, papá exagera.

NATIVIDAD: Raúl también está regado, trasnocha y frecuenta malos sitios. Toda esa gente forastera ha traído para acá malos hábitos.

TRINO: Ya pasó el tiempo de acostarse a las siete de la noche, madrina... (*Sonrie*)

NATIVIDAD: Seré anticuada, pero no me agrada cómo se está poniendo el pueblo. A Raúl le digo a cada momento que tenga cuidado.

TRINO: No se preocupe. Es que las costumbres van siendo otras.

NATIVIDAD: Pues no me gustan. ¿Acaso son buenas tantas ventas de aguardiente, esos tales cabarets y casas de juego y todo el mujerero malo que ha

caído como una plaga? No sé qué me sucede, pero no me siento tranquila.

TRINO: Usted está acostumbrada al pueblito de antaño, donde no se movía ni una hierba... Pero, es el progreso...

NATIVIDAD: Así será...

TRINO: Debo irme... ¿Le dijo Raúl que nos pasan a otro campamento?

NATIVIDAD: Sí, ojalá que no sea lejos...

TRINO: Queda donde hacen las nuevas perforaciones... (*Sale*)

NATIVIDAD: ¡Que te vaya bien!

(*Natividad toma la escoba y va a la cocina. Entran Zoilo y Crisanto*)

ZOILO: No he abierto por eso. En ninguna parte encuentro con qué surtir la pulperia. Parece que por todos estos alrededores ya nadie siembra.

CRISANTO: ¿Y dónde hacerlo? Cada día hay menos tierra.

ZOILO: Tendré que cerrar y dedicarme a otra cosa, si se puede.

CRISANTO: ¿Por qué?

ZOILO: Como van las ventas, no puedo cumplir los compromisos. Además, para seguir con la pulperia tendré que importar potes y otras cosas, ¿y cómo competir con los almacenes gringos?

CRISANTO: ¡Es verdad!

(*Entra Antonio*)

ANTONIO: (*Quitándose el sombrero y limpiándose el sudor de la frente*) Compadres, la cosa del río es un hecho...

CRISANTO: ¿Qué cosa?

ANTONIO: Que lo desviarán. Desde esta tarde comienzan los banqueos. Para arriba llevaron como doscientos peones.

ZOILO: ¡Ah!, por eso vi tanto movimiento en las oficinas grandes.

CRISANTO: ¿Quién dispuso eso? Las tierras se secarán; todos perderemos las siembras.

ANTONIO: No sé. Lo cierto es que ya el pequeño río que nos quedaba se irá hacia otra parte, las compañías necesitan el agua.

ZOILO: Quizás no lo desvíen todo...

ANTONIO: Eso he supuesto yo; no pueden dejar esto seco.

CRISANTO: Lo que deberían hacer es dejar el río quieto en su cauce... Ah, pero yo iré a reclamar... ¿Acaso podemos permitir que dejen sin agua a los pocos terrenos de los cuales comemos? Creo que tú y yo debemos hacer algo...

ANTONIO: ¡Por supuesto! Eso nos perjudica...

ZOILO: Yo los acompañó.

CRISANTO: Diré unas cuantas cosas bien claro...

¡Vamos!

(Crisanto sale seguido por Antonio y Zoilo. Segundos después entra Camila; luce muy emperrifollada y su rostro está pintado con un poco de exageración)

CAMILA: *(En voz alta y como llamando)* ¿Cómo que no hay nadie aquí? *(Llama)* ¡Natividad! ¡Natividad!

NATIVIDAD: *(Desde adentro)* ¡Ya voy! *(Llegando)* ¡Ah, qué arreglada vienes, y tan temprano!

CAMILA: ¡Es un estreno!

NATIVIDAD: Me debes el medio...

CAMILA: *(Viendo el pizarrón y las sillitas)* ¿Y los niños?

NATIVIDAD: Ahora casi no vienen por la mañana, pues la mayoría tiene que llevar la comida a los padres a los campamentos. Pero ¿qué te trae aquí?

CAMILA: Vengo a pedirle un favor.

NATIVIDAD: Pues, dilo.

CAMILA: Ocurre que esta tarde hay paseo para la montañita. Lo han organizado las Andelmi junto con mister Morris, Smith y el otro musiuítico de la planta. Me han invitado, pero no me atrevo a decirle a papá, pues a lo mejor me pone trabas. Si usted me sacara el permiso, él no le dirá que no.

NATIVIDAD: ¿Lo sabe Trino?

CAMILA: ¡No! A ese no le digo, pues quiere que sea como una monja.

NATIVIDAD: Hay que cuidarte... (Pausa) No creo que tu papá acceda y menos tratándose de los Andelmi...

CAMILA: No tienen nada de particular.

NATIVIDAD: Dicen que andan muy regadas con esos gringos.

CAMILA: Usted sabe cómo habla la gente, y más en estos pueblos.

NATIVIDAD: Yo sólo oigo. Pero, bueno, como confío en ti le diré a Antonio. A la hora del almuerzo estaré allí.

CAMILA: No lo olvide, mire que yo dije que iría.

(*A lo lejos se oye una sinfonola tocando música de jazz muy estridente*)

NATIVIDAD: ¡Ah, ya comenzó el aparato ese, me tiene sorda!

CAMILA: Es música de jazz, ¿no le gusta?

NATIVIDAD: No me despierta nada... Tiene mucho ruido.

CAMILA: A mí me encanta... y hasta lo bailo. (*Se pone a danzar al son de jazz*)

NATIVIDAD: Estás modernizada, muchacha. ¡Sabes mucho!

CAMILA: (*Sin dejar de bailar*) ¡Ah!, debo irme, ni me acordaba del almuerzo. Ya sabe, la espero.
(Sale bailando)

NATIVIDAD: Sin falta iré... (*Para sí*) ¡Qué cosas tiene Camila...! (*Mira el piso*) buscaré la escoba.
(*Natividad va a dentro, la música lejana cesa; entra Crisanto, se muestra abatido. Con lentitud se sienta en una silla. Regresa Natividad*)

NATIVIDAD: Te hacia en el campo. (*Se pone a barrer*)

(*Crisanto no habla y se toma la cabeza con las manos como abatido*)

NATIVIDAD: (*Dejando de barrer*) ¿Qué te ocurre?
¿Te sientes mal?

CRISANTO: ¡No!

NATIVIDAD: ¿Por qué estás así entonces?

CRISANTO: ¡Están desviando el río!

NATIVIDAD: ¿Cómo dices?

CRISANTO: (*Afirmando con la cabeza*) Ni siquiera un hilo de agua nos dejarán.

NATIVIDAD: Pero hay que hacer algo. Eso no debe permitirse.

CRISANTO: Intentamos hablar, pero ni se dignaron a recibirnos. Ahora a la zona cercada por la compañía no pasa la gente de aquí...

NATIVIDAD: ¿Y entonces? ¿Las siembras? ¿De qué iremos a vivir?

CRISANTO: ¿Quién lo sabe? Ya Raúl es peón petroleo... Quizás yo tenga que seguir el mismo camino... (Pausa) ¡Me siento afligido!

NATIVIDAD: No te preocupes, los tres sabemos trabajar. Me pondré a hacer comida, como Margarita.

CRISANTO: (*Incorporándose*) He sido y soy agricultor... ¡Y amo la tierra!

(*Entra la Vecina*)

VECINA: Crisanto, ¿supo lo del río?

CRISANTO: ¡Sí!

VECINA: ¡Parece que hay algo más grave, además de eso!

CRISANTO: ¿Qué puede ser peor que eso?

VECINA: Un tipo dijo hace poco en mi posada que van a traer máquinas para perforar dentro del pueblo.

CRISANTO: ¿Dentro del pueblo? ¡No puede ser!

VECINA: ¡Sí! Pronto comenzarán a citar, algunos tendrán que mudarse...

CRISANTO: ¿Mudarse?

VECINA: Eso dijo el hombre... Y como han llegado últimamente abogados de las compañías...

NATIVIDAD: Entonces sí deben traer algo entre manos; pero no creo que sea eso.

CRISANTO: ¡Quizás son rumores exagerados!

NATIVIDAD: De todos modos, sería bueno averiguar...

(*Afuera se oyen ruidos de máquinas y motores y muchas voces confusas*)

VECINA: ¿Qué ocurrirá? (*Se asoma a la puerta*)

¡Ah!, están desmontando de unos camiones máquinas perforadoras...

(*Natividad se mueve con premura hacia la puerta y se asoma*)

NATIVIDAD: (*Alarmada*) ¡Crisanto unos tractores han comenzado a derribar las casas de la esquina!

CRISANTO: ¡María Santísima! ¡No! ¡No puede ser, no pueden acabar con el pueblo...! ¡Estás equivocada! (*Se incorpora y camina hacia la puerta, turbado*)

(*Oscuro*)

TELÓN.

ACTO II

(*El mismo escenario del acto anterior, con la sola diferencia de que algunos muebles se encuentran revueltos y otros acomodados como para mudanza.*)

En la escena se encuentra Crisanto, sentado en una silla, se muestra abatido y preocupado, en sus manos tiene un sobre y una hoja de papel escrita, la cual releee con insistencia. De lejos llega una música antillana estridente y confusa. Entra Natividad, trae algunos potes de conservas y una caja de cartón vacía. La música se va apagando hasta extinguirse)

NATIVIDAD: Tu tardanza me tenía intranquila. ¿Qué resultados tuviste?

CRISANTO: (*Moviendo la cabeza con desaliento*) Nada, ya las compañías tienen autorización para tumbar todo esto y proceder a montar sus máquinas e instalaciones... ¡Tendremos irnos!

NATIVIDAD: Pero, nos pagarán algo por la casa. ¿verdad?

CRISANTO: (*Negando con la cabeza*) Ahora ha resultado que los terrenos donde está el pueblo eran de los antiguos dueños de las haciendas, y ellos los traspasaron a las compañías...

NATIVIDAD: ¿Y eso cómo?

CRISANTO: No sé. Pero ha sido así de acuerdo con unos papeles sacados de no sé dónde. Luego las compañías arreglaron lo demás... ¡Eso que llaman concesiones!

NATIVIDAD: Aun así, la casa es de nosotros, mi abuelo la construyó...

CRISANTO: Ofrecen cuatro centavos por las tejas... ¡Y quién sabe si los darán!

NATIVIDAD: No entiendo eso. ¿Cómo pueden hacer esas cosas con tanta gente? ¿Y el de la Junta Comunal qué dijo?

CRISANTO: No puede hacer nada. Todo está resuelto desde muy arriba.

NATIVIDAD: ¿Y si nos negáramos a desocupar?

CRISANTO: Es inútil. Nos sacarían a la fuerza. Así me lo dejó entender un tipo de las oficinas con quien hablé, citándome no sé qué ley. ¡Qué tipo tan repugnante! Trata de parecerse lo más posible a un gringo de los que gritan y mandan. Fuma pipa y usas trajes raros, a cada momento me decía palabras en inglés y hasta tuvo la desvergüenza de manifestarme que nosotros como nativos de color deberíamos estar contentos porque los musiús nos traigan trabajo y civilización...

NATIVIDAD: Existen muchos que piensas así... Pero, a fin de cuentas, ¿quiere decir entonces que tendremos que irnos?

CRISANTO: (*Afirmando con la cabeza*) Ya Rodrigo lo hizo; ahora mismo lo hace la gente de El Pedregal y Pueblo Abajo. Margarita también está como loca, la vi llorando mientras recogía los corotos.

NATIVIDAD: ¿Y todos van para el sitio ese junto al lago?

CRISANTO: ¿Y para dónde más se puede ir? Ya están levantando allí barracas y ranchos de zinc y tablas. Hasta dentro del agua se están metiendo. Quizás allá no lleguen las torres y los mechurrios...

NATIVIDAD: ¿Quién podría pensar que nuestro pueblo sería echado al lago? De todos modos, siempre íbamos a tener que mudarnos, pues sin agua y con las tierras secas, ¿qué podías hacer tú?

CRISANTO: ¡Es cierto! ¡Y qué duro va a ser para mí salirme de todo esto...! Pero tampoco me acostumbraría a verlo cómo se va poniendo, sin árboles, sin prados... Lleno de polvo y ruidos de máquinas, con gente extraña y codiciosa por sacarle su jugo y dándonos órdenes por doquier como a inferiores...

NATIVIDAD: Para mí, alejarme de todo eso es el único consuelo.

CRISANTO: Yo hasta me estoy sintiendo extraño por aquí... Y enfermo. ¡Vivo siempre como afiebra-

do! (*Incorpórase y se acerca a la ventana. Hace una pausa*) ¡Ah!, no quería decírtelo, pero tengo otra mala noticia que darte... algo que nos duele...

NATIVIDAD: ¿Cuál?

CRISANTO: Pues... que Camila se fugó anoche con ese tipo de cabellos rojos que se llama no sé cómo.

NATIVIDAD: ¿Cómo? ¡No puede ser posible! ¡Que Camila se salió con ese hombre!

CRISANTO: Así ha sido...

NATIVIDAD: Aquí estuvo Trino y nada me dijo... es raro, estaba tranquilo...

CRISANTO: No sabe nada...

NATIVIDAD: ¿Y el viejo Antonio?

CRISANTO: Tampoco. Pasó la noche en las barracas del lago, pues precisamente hoy pensaba mudarse con todos...

NATIVIDAD: Esa muchacha... Hacer eso ahora... Quién iba a creerlo.

CRISANTO: El que va a sufrir es Trino, soñaba con ver a Camila bien casada (*Pausa*) ¡Ah!, sobre todos aquí ha caído como una plaga. Por doquier hay un aturdimiento malo. Se me ocurre pensar a veces que nos estamos volviendo buitres. Que nos hacemos unos y otros voraces y cobardes. ¡Por las calles no se ven sino ojos ambiciosos!

NATIVIDAD: Por eso creo que es bueno marcharnos.

Quizás en las barracas del lago estemos mejor.
Allá volveré a abrir mi escuela.

CRISANTO: ¡Ojalá puedas!

(*Se oyen a lo lejos explosiones*)

NATIVIDAD: (*Oyendo con atención*) ¿Qué será eso?

CRISANTO: Barrenos. Ya los taladros y torres vienen cerca siguiendo a los tractores que derriban las casas...

(*Entra Antonio*)

ANTONIO: ¿No habrá por aquí trago de café?... Vengo de lejos, del lago, y aún no he ido a casa...

(*Crisanto y Natividad intercambian una mirada*)

NATIVIDAD: ¡Cómo no, Antonio! Siéntese, ya se lo traigo.

(*Va adentro*)

CRISANTO: ¿Y cómo viste aquello por allá?

ANTONIO: (*Sentándose*) Parece una comejenera. Todo el mundo está armando ranchos con lo que encuentran. Ya no es sólo gente de aquí la que se ha ido para allá. La hay de muchos sitios. Unas que, como a nosotros, las ha empujado la barahúnda de máquinas y torres, otras que buscan hacer fortuna... Ya se habla de que montarán un cabaret y una casa de juegos.

CRISANTO: Me da miedo irme; es difícil moverse sin temor de una tierra donde se ha vivido por años...

ANTONIO: ¿Y Para dónde vamos a coger? Ya aparté sitio, y la mudanza está resuelta. Zoilo también se marcha; por allá lo vi. Se vino un poco antes.

CRISANTO: Está muy afligido... Y tantas esperanzas que tenía él...

(*Regresa Natividad con el café para Antonio*)

NATIVIDAD: (*Tendiéndole la taza a Antonio*) ¡De manera que aún no ha ido por su casa?

ANTONIO: (*Toma la taza*) Pues, no.

NATIVIDAD: ¿Y qué dicen sus muchachos de la mudanza?

ANTONIO: Trino ni sabe, llega tarde y madruga para irse al campamento... A veces hasta duerme afuera... La que no está muy contenta es Camila... Pero yo la convenceré... Ayer... cuando salí, le dije que arreglara todo.

(*Se oyen a lo lejos explosiones*)

ANTONIO: Siguen dinamitando rocas... Es en El Cujizal, por allá está Trino...

NATIVIDAD: También está Raúl...

CRISANTO: ¡Quién sabe que irá a decir Raúl cuando sepa que nos echan!

NATIVIDAD: ¡Qué podía decir! ¿Él mismo no ha tenido que seguir siendo peón porque ya en todo esto no hay más nada que hacer?

ANTONIO: ¡Todos tenemos que hacerlo como obligados!

(*Entra Zoilo, se muestra como agitado*)

ZOIRO: (A Antonio) ¡Ah! Te buscaba... ¿Ya te lo dijeron?

ANTONIO: ¿Decirme qué? (Se muestra asombrado)

ZOIRO: (Mira a Natividad y Crisanto. Estos están turbados) Pues, pues... lo de Camila...

(Suenan otras explosiones lejos)

ANTONIO: ¿Qué le ocurrió a Camila? (Da la taza a Natividad, quien la pone sobre la mesa)

ZOIRO: Dicen... Dicen por ahí... Creí que lo sabías...

ANTONIO: ¿Qué dicen? ¿Qué pasa? ¡No sé nada!

ZOIRO: (Turbado) Pues que anoche se fue con ese mister Smith.

ANTONIO: (Alarmado e incrédulo) ¡No! ¡No...! ¡Esto es embuste...! ¡Me estás diciendo un embuste!

ZOIRO: La vieron cuando iba con él en un auto por la carretera de arriba... Llevaba su ropa...

ANTONIO: ¡No es posible! ¡No es posible! ¡Camila no es capaz de hacerme eso!

(Mira a Natividad y a Crisanto, éstos le afirman con la cabeza)

ANTONIO: Aún no lo creo.

(Antonio se pone el sombrero violentamente y sale, Zoilo y Crisanto lo siguen. Natividad va tras ellos hasta la puerta, luego regresa, recoge la taza de la mesa y con tristeza va al interior. La escena queda sola por segundos, luego entra el Obrero I)

OBRERO I: *(Llamando con nerviosidad)* ¡Crisanto! ¡Crisanto!

NATIVIDAD: *(Saliendo)* ¡No está! ¿Para qué lo buscas?

OBRERO I: Debe ir rápido a la loma de arriba. ¡Ha ocurrido un accidente serio!

NATIVIDAD: ¿Un accidente?

OBRERO I: Sí... Y parece que a Trino y Raúl...

NATIVIDAD: ¿Qué les ha pasado...? Dime...

OBRERO I: Dicen que les reventó una dinamita cerca...

NATIVIDAD: ¡No! ¡No! ¡No puede ser! ¡Dios mío!

(Sale corriendo hacia la calle seguida por el Obrero I. Segundos después entran Crisanto y Zoilo)

CRISANTO: ¡Qué golpe tan duro para Antonio! Y no podrá hacer nada. Ya viste lo que dijo el secreta-

rio de la jefatura, que en cuestiones de faldas y
musiús ellos no se meten...

ZOILO: Ese tiene plata metida en lo del cabaret y la
sinfonola...

CRISANTO: Seguramente.

(*Por la calle se oyen gritos y voces*)

ZOILO: ¿A dónde iremos a parar?

CRISANTO: Quién sabe... (Pausa) Me da lástima
Antonio.

(*Las voces y gritos de gente corriendo se oyen
más fuertes*)

ZOILO: (*Extrañado y oyendo con cuidado*) ¿Qué pa-
sará en la calle...? Cuando entraba para acá noté
gente corriendo hacia arriba...

CRISANTO: Yo también, pero será algún pleito...
Ahora no abundan sino los escándalos. (*Va y
mira por la puerta que da al interior*) Parece
que Natividad salió; mejor será ir a ver que ocu-
rre...

(*Cuando van a salir, entra violentamente Nati-
vidad, está agitada y llorosa*)

NATIVIDAD: ¡Crisanto! ¡Crisanto! (Lo abraza) ¡A
Raúl lo mató la dinamita! ¡Lo mató! ¡Lo mató!

CRISANTO: (*Espantado y tomándola por los hom-
bros*) ¿Qué dices? ¿Estás loca? ¿Qué le ocurrió
a Raúl?

NATIVIDAD: (*Llorando*) ¡Está muerto... muerto!

(*Crisanto suelta a Natividad y queda como perplejo, mirando hacia la puerta*)

ZOILO: (*Presas de angustia y asombro*) ¡No puede ser!

¡Seguramente es mentira! Iré a ver qué ha ocurrido... (*Cuando va a salir, llegan los obreros. Natividad llora contra la pared y Crisanto sigue mudo. A los obreros*) ¿Es cierta la desgracia...?

(*Obrero I afirma con la cabeza y se muestra abatido*)

OBRERO II: Ya lograron sacarlos debajo de la roca

(*Zoilo sale corriendo hacia la calle, los obreros lo siguen*)

CRISANTO: (*Como saliendo de un gran estupor y mientras Natividad solloza sordamente*) ¡Hemos quedado solos! ¡Solos!

(*Se deja caer pesadamente sobre una silla. Entra Antonio, se muestra como enloquecido*)

ANTONIO: (*Tomándole a Natividad las manos*) ¿Trino y Raúl? (*Natividad afirma con la cabeza. Antonio con gestos de dolor*) No puedo ni imaginarlo, ni siquiera imaginarlo. (*Hace un gesto como para salir. En este momento entran Zoilo y los obreros, junto con otras personas*)

OBRERO I: Ahí los traen... (*A Antonio*) Raúl está muerto, pero su hijo Trino sólo tiene quemaduras graves, quizás se salve...

(Zoilo callado, abraza a Natividad. Entra la Vecina, semi-llorosa y agitada)

VECINA: Ya los están bajando por la calle de arriba.

(Afuera se oye ruido y muchas voces. Antonio, Natividad, los dos obreros y la Vecina corren hacia la calle. Crisanto permanece inmóvil, mira a Zoilo, quien se ha quedado en la sala, y luego, con mucha dificultad se incorpora y con pasos tardos camina hacia la otra habitación. Lo hace dificultosamente. Cuando llega al dintel de la puerta, se agarra del muro y comienza a doblarse hasta caer con pesadez. Zoilo corre hacia él y trata de sostenerlo y alzarlo)

ZOIRO: ¡Crisanto! ¡Crisanto! ¿Qué te pasa? (Moviéndolo) ¡Crisanto! ¡Crisanto!

(Las luces se apagan y cae el telón)

ACTO III

(Se ilumina el proscenio con una luz violeta.
Zoilo trata de incorporarse mientras habla)

ZOILO: Después de esa desgracia, los tractores continuaron su obra de demolición. Frente a sus metálicas palas fueron cayendo una a una de las viejas y pequeñas casas de tierra y tejas. ¡Cuántas cosas se derrumbaban con ellas! Pronto Pueblo Viejo fue un montón de ruinas desoladas. Todos nos marchamos a la orilla del lago, y allí nació otro pueblo de latas, cartones y miserias... Y otra vida nos tomó en sus manos...

(Oscuro sobre Zoilo. Lentamente se ilumina el escenario)

Aparece el interior de una barraca a orillas del lago, construida sobre pilotes. En el lateral derecho hay una puerta que hace de entrada. Cuando se abre deja ver un puentecillo de tablas y algo de las barracas vecinas. En el lateral izquierdo otra pequeña puerta cubierta con una cortina de tela comunica con otra pieza pequeña que hace de dormitorio. Al fondo, un medio tabique separa la estancia de un corredorcillo cuyo piso cae al lago. Entre el medio tabique y la pared del lateral izquierdo hay una barandilla que hace de división e impide el acceso al corredorcillo. La barandilla es de listones delgados y endeble. La estancia está amueblada

con excesiva pobreza y las paredes dejan ver la construcción a base de tablas sin cepillar, latas y cartones. Hay algunas sillas, un viejo almanaque, un espejo, una destortalada cocina de kerosene, algunos cajones y una pequeña mesa sobre la que está una tinaja de barro cocido.

(En escenas se encuentran Natividad, la Vecina y Crisanto. Las dos primeras hablan entre sí, mientras que Crisanto, sentado en una silla de cuero, mira fijamente todo con ojos torpes. De vez en cuando deja escapar una leve risa blanda, propia de algunos enfermos mentales. Natividad viste un camisón negro)

VECINA: (*Tiene en la mano un pequeño portavandas*) Siempre que coma, aunque sea poco, es un buen síntoma. Lo noto con mejor semblante.

NATIVIDAD: Parece que el aire que viene del lago le ha prestado algo, pero no tengo esperanzas.
(Mueve la cabeza, afligida)

VECINA: No pienses así. Conozco muchos que estuvieron peores que él y por allí andan con sus cerebros buenos.

NATIVIDAD: Va a cumplir así mas de año y medio.

VECINA: Hay que tener paciencia. Además, él es robusto, mal está Antonio. Esa tisis como la que sufre no perdona y menos si la gente no come... Y Antonio cada día prueba menos bocado...

NATIVIDAD: Y menos mal que tu hermana lo cuida con tanto cariño.

VECINA: ¡El pobre! ¡Un hombre tan bueno! (Pausa) En fin, natividad, me voy. A la tarde le traeré otras cositas a ver si le gustan.

NATIVIDAD: Te lo agradeceré. (*La Vecina sale, Natividad va a donde Crisanto y le acaricia el cabelllo*) ¿Te sientes bien?

CRISANTO: (*La mira y sonríe sin contestar*)

(*De pronto la puerta de la calle que la Vecina había entrejuntado al salir se abre con violencia y entra corriendo Camila. Luce envejecida y ajada. El maquillaje de la cara es chillón. Viste como una mujer de cabaret barato: blusa sin mangas y muy descotada, falda y medias brillantes, zapatillas doradas*)

NATIVIDAD: (*Asombrada*) ¡Camila! ¿Qué vienes a hacer aquí?

CAMILA: (*Luego de cerrar con premura la puerta y pasar la aldaba*) El me persigue. Ha intentado matarme... se metió al cabaret y me golpeó. Llevaba un cuchillo...

NATIVIDAD: ¿Quién te persigue? ¿Trino?

CAMILA: ¿Qué otro podría ser? Usted debe llamarle la atención, es la única persona a quien oye. ¡Dígale que me deje quieta!

NATIVIDAD: Avergonzaste a tu padre. El mismo Trino por poco se muere cuando después de su desgracia y todo deformado como quedó supo lo que tú habías hecho.

CAMILA: ¡Tenía que buscar mi vida!

NATIVIDAD: ¿Y esa era la manera de encontrarla? Ya ves lo que hizo el tal Smith... Pero a veces creo que tú no tuviste la culpa sino eso que anda por el aire y se mete en las casas como un olor malo, y nos opriime y ensucia los espíritus...

CAMILA: Usted se ha vuelto como todos; no piensa sino en criticar... en decir sermones... (*Cambia la voz*) «¿Por qué hiciste eso? ¿Por qué hiciste aquello?... Eres una cualquiera... Eres...» ¿Qué sabe sobre lo que aspira una muchacha moderna? Además me hastié de aquel pueblucho, de ver siempre lo mismo. ¡Quise gozar!

NATIVIDAD: Y ahora, ¿por qué no dejas esa vida? ¿Por qué no te sales de eso donde estás?

CAMILA: (*Riendo, sarcástica*) ¡Ja, ja, ja...! ¿Y acaso no trabajo? ¿O usted cree que trabajar es únicamente lavar ropa o fregar platos, y enseñar a-b-c a un montón de muchachitos que pagan un real semanal? ¡Ah, si mis pies hablaran!

NATIVIDAD: ¡De todos modos, podrías hacer otra cosa!

CAMILA: ¿Qué otra cosa? Ya no me acostumbraría.

Me gusta estar así... ¡Libre! (*Pausa*) Además, le debo mucho a la dueña del dancing. Una para trabajar allí necesita ropa buena, medias finas, zapatos, pintura. Ella presta adelantado, antes de pagar ya necesitamos otra vez cosas y la cuenta nunca acaba...

CRISANTO: (*Riendo blandamente*) ¡Je.je.je, nunca se acaba... ese río nunca se acaba... es un río de oro... je.je.je!...

NATIVIDAD: (*Va hasta él, trata de calmarlo pasándole la mano por el pelo. Cuando Crisanto ya está tranquilo, Natividad habla nuevamente a Camila con voz triste*) Aún recuerdo cuando ibas a mi escuelita, allá en el pueblo de tierra, con tus crinejas tejidas alrededor de la frente, faldita de cretona y alpargaticas limpias siempre. ¡Pero sobre todos nosotros se arrojó un vendaval y nos hemos vuelto piltrafas y basuras!

CAMILA: Usted piensa y habla así por sus años...

NATIVIDAD: Tal vez sea como dices. Estoy vieja, es cierto, y si no fuera por él, (*Señala a Crisanto*) me agradaría morirme, pues francamente, no me siento a gusto en este torbellino de cosas. ¡No las comprendo!

(*En la puerta tocan fuerte con golpes seguidos y violentos*)

CAMILA: (*Dando muestras de miedo*) ¡Ah, es él!
¡Tiene que ser él! ¡Carga un cuchillo! ¡Escóndame!

(*Los golpes se repiten*)

NATIVIDAD: (*La toma por un brazo, la introduce en el otro cuartucho, corriendo muy bien la cortina de tela. Luego se dirige a la puerta, mientras grita*) ¡Allá voy! ¿Quién es?

(*Natividad abre, entra Trino. Está listado por las graves quemaduras sufridas. Camina con dificultad, el rostro muestra huellas deformes, cicatrices, su brazo izquierdo aparece semiparalizado*)

TRINO: (*Agitado y mirando por todas partes*) ¿Ella no está aquí? ¡La vieron correr en esta dirección!

NATIVIDAD: ¿Qué te pasa? ¿A quién andas buscando?

TRINO: ¡A Camila! ¡A esa puta de mierda!

NATIVIDAD: ¿Cómo va a estar aquí? Nunca ha pisado esta casa desde que regresó...

TRINO: ¡La voy a matar!

NATIVIDAD: ¡Trino! ¡Es tu hermana! ¡Ni siquiera debes pensar en eso...!

TRINO: ¡No es nada mío! ¡Sólo es una vagabunda...!

NATIVIDAD: Debes dejarla quieta. Algun día se enmendará ¡Recuerda que tienes que sanarte para velar por tu padre!

TRINO: ¿Sanarme? (*Se mira y mueve la cabeza con desaliento*) Ya no serviré para nada...

(*Entra Zoilo. Viste como obrero del petróleo, overol, botas, camisa. Afuera se oyen gritos y voces*)

ZOIRO: (*Viendo a Trino*) ¡Me suponía que estaba aquí! ¿Qué hiciste? Te busca la policía. Dicen que armaste un escandalo en el cabaret y golpeaste a Camila ¿Es cierto? ¿No te da vergüenza?

(*Trino baja la cabeza y permanece callado*)

NATIVIDAD: ¡Lo busca la policía! (*A Trino*) ¡Ahora te van a arrestar e ¿Por qué haces esas cosas?

ZOIRO: (*A Trino*) Debes ir a la Jefatura y arreglar eso. Después si te agarran por allí pueden maltratarte como la vez pasada...

TRINO: ¡No quiero estar preso! ¡Me pegan! ¡Me bañan!

ZOIRO: Precisamente. Si ahora vas tú mismo y explicas lo ocurrido, quizás no te hagan daño. Digo, si no faltaste...

NATIVIDAD: No debes buscar que te maltraten. Esperame... (*Toma un paño y se lo pone por los hombros*) Iré contigo, diré que estás enfermo... (*A Zoilo*) Vigilame a Crisanto un momento. (*Toma a Trino por un brazo y sin que éste haga resistencia lo saca de la estancia*)

ZOILO: (*Ya idos Natividad y Trino, se acerca a Crisanto y le palmotea un hombro a tiempo que le habla*) ¡Ah, compadre! ¿Cómo se siente?

CRISANTO: (*Lo mira sin conocerlo y rie*) ¡Ja, ja, ja... el río está crecido, seguro que llueve en sus cabeceras... je, je...! ¡Qué agua tan sucia...!

(*Camila sale del cuarto y camina hacia la puerta*)

ZOILO: (*Sorprendido por la presencia allí de Camila*) ¿Tú? ¿Qué haces en esta casa?

(*Camila no le responde y sigue dispuesta a salir. Zoilo se le cruza y la detiene*)

ZOILO: ¿Por qué estabas allí dentro? ¡Di!

CAMILA: ¡Trino me perseguía!

ZOILO: Es un lisiado y tú con esa vida que llevas provacas sus iras. En vez de andar así, (*Le indica su facha*) podrías ir a ver a tu padre; ¡está malo!

CAMILA: ¿Para qué? (*Hace un gesto despectivo*) ¡Déjame quieta...! Y al patizambo ese, sobrado de tumba que no se siga metiendo conmigo, pues le va a pesar. Tengo amigos que pueden hundirlo...

ZOILO: (*Dejándola pasar*) ¡Me das asco!

(*Camila alza los hombros indiferentemente y sale*)

CRISANTO: ¡Ja, ja...! Raúl debe ver este río... se está poniendo dorado... ¡Dorado! ¡Dorado!

(Entra Natividad, se quita el paño y lo pone sobre una silla)

NATIVIDAD: Lo dejaron, pues la madama del cabaret lo acusó de querer pegarle a ella también. ¡Qué mortificación esa! Ya le avisé a Margarita para que le lleve una estera y comida. (*Va adentro*)

ZOILO: ¡Pobre Trino!

NATIVIDAD: (*Saliendo*) ¿Y Camila? ¡Aquí la dejé!

ZOILO: ¡Se fue!

NATIVIDAD: ¡Mejor así! (*Pausa*) ¿Y tú, por fin?

ZOILO: (*Moviendo la cabeza afirmativamente*) Me despidieron, Parece que estoy ya en una especie de lista negra; por dondequiera se me cierran las puertas. (*Pausa*) Sin embargo, ya veré qué hago... Lo importante ahora es ocuparse de ese asunto, pues sigue...

NATIVIDAD: ¿Sigue?

ZOILO: ¡Sí! A hablarte de eso vine...

NATIVIDAD: Lo suponía, pues anoche visitaron todo esto unos señores; parecían ingenieros... Miraron mucho y hasta tiraron sondas en el agua...

ZOILO: ¿Eran de las compañías?

NATIVIDAD: Fingieron ser particulares; algo así como comerciantes de arena para vidrio. Hablaron de comprarnos para poner aquí no sé qué...

ZOILO: Igual han dicho en casi todo el pueblo; por eso es que no hay que descuidarse.

NATIVIDAD: Pues, será cierto entonces...

ZOILO: Sí, parece que hay un enorme pozo bajo este lugar y en el lago... Su capacidad ya está calculada y desean perforar pronto, pero todo esto estorba. (*Señala la barraca*) Necesitan petróleo, mucho petróleo para mover el mundo, llenar sus bancos, hacer sus guerras...

NATIVIDAD: Es por eso que quieren aventarnos a nosotros como basuras, como cáscaras de naranjas a las cuales se les ha extraído el jugo...

ZOILO: Sólo le interesan las cifras de ganancias. Oye esto: (*Saca un recorte de periódico y lee*) «Las empresas aceiteras que operan en Venezuela han obtenido durante los últimos tres meses ganancias que montan a la cantidad de... no sé cuantos millones ponen aquí. Este rico y maravilloso país vive sus días de mayor prosperidad, civilización y progreso...»

NATIVIDAD: ¡Dan ganas de reír... y de llorar al mismo tiempo!

ZOILO: ¡Así es!

NATIVIDAD: Ya vez, si nos sacan de aquí nuevamente, ¿para dónde vamos a coger ahora? ¿Yo que hago con él? (*Mientras señala a Crisanto*) ¿En qué sitio me meteré? Y como yo, tantos y tantos...

ZOILO: ¡Valemos menos que el petróleo!

NATIVIDAD: ¡Petróleo! ¡Petróleo! ¡El petróleo sobre todos! ¡Ya no encuentro qué ver, qué comer, qué tocar, que no esté lleno de petróleo...! Hasta el lago y los espíritus están impregnados de él. ¡Yo lo odio! ¡Lo odio! ¡Quisiera que se acabara todo de una vez, que se fundiera, que se evaporara!

ZOILO: ¡El petróleo es bueno, Natividad!

NATIVIDAD: ¡Lo será para otros, para quienes se lo llevan a esos barcos de hierro, pues a los pobres nos ha puesto el corazón negro y malo!

ZOILO: ¡Pero es bueno! ¡Sólo que no es de todos!

NATIVIDAD: Será como tú dices, pero por él también quieren sacarnos de aquí, de estos cuchitriles donde nos han arrojado... ¿Y qué podemos hacer?

ZOILO: ¡Resistir! ¡No mudarse!

NATIVIDAD: ¿Cómo se puede hacer eso? ¿Con qué fuerza? ¡Me da asco!

ZOILO: ¡Unidos! Casi todos en el pueblo están dispuestos a hacerlo. Nadie se moverá, hagan lo que hagan...

NATIVIDAD: Así quizás resulte...

ZOILO: Si vuelve esa gente dices que no te moverás de aquí y más nada, ¿sabes?

NATIVIDAD: Eso les diré

ZOILO: Los obreros, por nuestra parte, también haremos algo... ¡Ah! ¡Si estuviésemos unidos!

NATIVIDAD: ¿Y por qué no lo están?

ZOILO: ¡Hay gente que engaña y nos separa!

NATIVIDAD: ¡Pues son ustedes unos tontos, unos grandes tontos!

ZOILO: (*Niega con la cabeza*) Quizás no. ¡Sólo necesitamos más conocimientos!

NATIVIDAD: ¡Y golpes!

ZOILO: ¡Quizás! (*Pausa*) Es tarde, debo marcharme... ¿Hoy irás a la escuelita?

NATIVIDAD: No, María sigue enferma y no vendrá a quedarse con Crisanto. Mañana sí iré.

ZOILO: ¿Quién está con los niños?

NATIVIDAD: Carmen. Cuando no voy los pone a leer cuentos.

ZOILO: ¡Si se pudiera instalar aquí la escuelita...!

NATIVIDAD: Sería muy bueno, pero a Crisanto le molesta la bulla.

ZOILO: Es cierto. De todos modos hay que mudarla de allá. Aquello es una pocilga de tablas y muy peligrosa. Cuando quitan el lanchón queda como una isla.

NATIVIDAD: Ojalá encontremos otro sitio...

ZOILO: Es difícil, pero te ayudaré en eso... Los muchachos deben estar donde no haya tantos

peligros... Me marcho... Ya lo sabes, nada de ceder; hay que resistir...

NATIVIDAD: ¡No te preocupes!

ZOILO: (*Mientas sale y a Crisanto*) ¡Adiós, compadre...! (*Sale*)

CRISANTO: ¡Cómo crece el río...! ¡Je, je...! ¡Cómo crece...!

(*Crisanto se incorpora en la silla y da algunos pasos. Natividad va hasta él, lo sienta y le hace cariños y trata de calmarlo. A lo lejos suena una sinfonola*)

NATIVIDAD: ¡Quédate quieto! Ahora te daré tu pastilla y un poco de guarapo...

CRISANTO: (*La toma de una mano y se reincorpora de nuevo*) ¡Ah! Mañana nos bañamos en el río Raúl, tú y yo... El agua estará fresca y dorada.

NATIVIDAD: Sí, nos bañaremos los tres, pero quédate quieto ahora, ¿quieres?

CRISANTO: Raúl se nos volverá un niño de oro... ¡Tendremos un niño de oro, je, je!

NATIVIDAD: Sí, mi amor, será un niño de oro.

(*De la tinaja saca agua, la vierte en un pocillo y da a Crisanto. Este bebe, sonriendo entre sorbo y sorbo. Entra la Vecina, nerviosa; trae en las manos una estera y un termo*)

VECINA: Trino se escapó de la jefatura y ha vuelto a armarse con un hierro. Lo supe cuando fui a

llevarle esto. (*Muestra a Natividad los objetos que porta*)

NATIVIDAD: ¡Que locura la de ese muchacho! ¿Y para dónde irá?

VECINA: No sé. Antes que todo quise avisarte, pues ya lo buscan.

NATIVIDAD: Si lo agarran ahora lo golpearán... Cuídame aquí un momento a Crisanto; veré si lo encuentro. (*Toma el paño y sale apresuradamente*)

CRISANTO: (*Incorporándose nuevamente*) La tierra se está agrietando, ya el maizal se reseca... Hay que regarlo... Busquen el agua, ¡el agua dorada!

VECINA: (*Sentándolo nuevamente*) ¡Cálmate, Crisanto, cálmate!

(*Por la puerta se asoma Camila, presa de azoramiento, al verla*)

VECINA: (*Al verla*) ¿Qué buscas tú aquí?

CAMILA: (*A la vecina*) ¡Me han dicho que Trino se fugó! ¡Le tengo miedo!

VECINA: ¡Debes cuidarte! Natividad salió a buscarlo...

CAMILA: ¡Entonces me voy! Puede venir él...
(*Huye*)

CRISANTO: (*Señalando hacia el lago*) ¡Je, je, el río está creciendo... qué aguas tan negras trae...!
¡Raúl, no te acerques! ¡No te acerques!

NATIVIDAD: (*Entrando muy preocupada*) No lo vi por ninguna parte ¿Quién sabe por donde correría?

(*A lo lejos se oyen voces y ruidos de gente que corren*)

VECINA: Por ahí pasó Camila, asustada.

NATIVIDAD: Esa es mi angustia. Es capaz ese muchacho de perseguirla de nuevo... ¿Por qué no me haces el favor y lo buscas?

VECINA: Sí, iré a eso. (*Se oyen afuera voces y gritos*) ¡Ah! ¿Pero que ocurrirá?

(*Cuando la vecina se asoma a la puerta entran corriendo una mujer y un hombre*)

MUJER: (*Gritando*) ¡Hay fuego en la parte alta del pueblo! ¡Algo se quema!

VECINA: ¿Fuego? ¿Será en mi calle?

MUJER: ¡Por allá es!

NATIVIDAD: ¡Corre a ver, Margarita!

(*La vecina sale seguida por la mujer y el hombre*)

CRISANTO: ¡Qué fiesta! ¡Todos están de fiesta!

NATIVIDAD: (*Yendo hacia él*) ¿Quieres comer galletas... o mejor que te cante algo?

(*Crisanto la mira y sonríe. Por la puerta se asoma Trino, se muestra turbado. Porta un hierro. Silencioso, mira por todas partes*)

NATIVIDAD: (*Al verlo*) ¿Qué te pasa muchacho? ¡Por qué te fugaste? ¡Ahora será peor!

(*Trino sin contestar, sale rápido*)

NATIVIDAD: (*Gritando desde la puerta*) ¡No seas loco, Trino! ¡Ten cuidado!

(*Cuando Natividad regresa hacia Crisanto, llega el Obrero I con actitud nerviosa*)

OBRERO I: ¿Está Zoilo?

NATIVIDAD: No. ¿Qué pasa?

OBRERO I: Todas las barracas de arriba están ardien-
do. ¡Le pegaron fuego al pueblo!

NATIVIDAD: ¡Ay, Dios mío, pero es horrible eso...!

Todo esto es madera y cartón.

(*A lo lejos se oyen gritos confusos y carreras. En medio de todo, la sinfonía toca una can-
ción estridente. Oyese, claramente las voces de
¡Fuego! ¡Fuego! Sobre las aguas del lago, en el
fondo, comienzan a verse resplandores rojizos*)

OBRERO I: (*Asomándose a la barandilla*) ¡Ya la can-
dela cogió el aceite derramado sobre el lago y
hay mucho viento!

(*Los gritos lejanos se intensifican*)

NATIVIDAD: (*Abrazando a Crisanto*) ¡Estoy angustiada!

(*Entra Zoilo precipitadamente*)

ZOILO: (*Con premura*) ¡Comadre, hay que sacar los
corotos y a Crisanto! ¡Las barracas son un in-
fierno en llamas...!

(Cerca, por la puerta, pasa gente gritando)

OBRERO I: *(A Zoilo)* Te buscaba para avisarte.

(Natividad saca trajes y objetos del otro cuarto y los apilona sobre la mesa. Zoilo recoge corotos a su vez)

OBRERO I: *(Entrando)* ¡El fuego se extiende por todas partes; ya arriba hay algunos quemados!

ZOILO: ¡Hay que auxiliarlos...! ¡Vamos allá...!

(A Natividad) Sigue recogiendo que ya volvemos... (Sale con rapidez; los obreros lo siguen)

CRISANTO: *(Con una inquietud violenta y repentina al oír los gritos y mirar a lo lejos los resplandores rojos)* ¡Alumbren, que hoy estamos de fiesta! ¡Ya llegaron los camiones...! El río se volverá de oro... Es el progreso que nos inunda... ¡Un río de oro!

(Se pone de pie y da algunos pasos. Natividad corre hacia él. En esos momentos por la puerta asoma la mujer y grita para adentro)

MUJER: *(Gritando con alarma)* ¡Natividad! ¡Natividad! ¡Trino malogró a la muchacha! ¡Allá abajo está tendida...!

NATIVIDAD: ¿Qué muchacha?

MUJER: ¡A la Camila! *(La mujer sale)*

NATIVIDAD: ¡Dios mío, que horror! ¡Qué horror!
(Sale corriendo en pos de la mujer)

CRISANTO: *(Solo y de pie)* ¡Ja, ja...! El viento está arreciando y todo está de fiesta... *(Camina y se*

coloca junto a la rejilla que separa a la habitación donde él está del corredor que cae al lago. En el fondo siguen los resplandores y el fuego más intenso, mientras en la calle aumentan los gritos y el tumulto. Agitado) ¡Ah, está lloviendo sobre el río...! ¡Ja, ja...! ¡Todo se está poniendo amarillo...! ¡Es un vendaval lo que cae...! ¡Un vendaval de oro! ¡Y el río crece... crece! (Vuelve la cabeza como buscando a alguien) Raúl, Raúl, ¿dónde estas? ¡Ven conmigo...! (Rompe con el cuerpo la barandilla y avanza por el corredor) ¡Ven, aprovechemos el vendaval amarillo para bañarnos de oro...! ¡Mira como está cayendo...! ¡Mira! (Camina con rapidez y cae al lago. Segundos después, entra Natividad, presa de angustia y turbación)

NATIVIDAD: (Al no ver a Crisanto en su silla se angustia más y grita) ¡Crisanto! ¡Crisanto! (Va al otro cuarto y regresa alarmada) ¡Ay, Virgen bendita! ¡Crisanto! ¡Crisanto...! ¿Dónde estás? (De pronto fija la vista en la barandilla rota y, presintiendo lo que ha ocurrido, enmudece, se lleva las manos a las mejillas y retrocede espatada. Entra Zoilo. En el fondo los resplandores rojos crecen y en la escena las luces se van debilitando, a tiempo que de afuera llegan gritos y voces de alarma)

ZOILO: ¡Tienen que salir de aquí pronto! ¡Ya el fuego alcanzó los tanques de gasolina...! (De pron-

to al no ver a Crisanto y advertir el espanto de Natividad se alarma y va hacia el corredor. Allí se detiene, vuélvase y pregunta a gritos natividad) ¡Y Crisanto? ¡Dónde está Crisanto?

NATIVIDAD: (*Absorta por su espanto le responde mecánicamente señalándole las aguas encendidas del lago*) ¡Allá! ¡Allá!

ZOILO: (*Espantado también*) ¿Qué dices...? ¿Qué dices, Natividad...? ¡Cayó allí? ¡Crisanto? ¡Ah! (*Zoilo enmudece de la impresión y queda estático mirando hacia el fondo. Entran presurosos los Obreros I y II. A lo lejos se oyen explosiones*)

OBRERO I: ¡La gasolina está explotando!

OBRERO II: ¡Y los tanques de petróleo arden!

(Entra la Vecina, llorando)

VECINA: ¡Natividad, la candela llegó a la isla de tu escuela! ¡Aquellos se están quemando!

ZOILO: (*Con inquietud violenta*) ¿A la isla? ¡Allá están los niños!

NATIVIDAD: (*Presta de una crisis de dolor*) ¡Cristo! ¡Crisanto! ¡Mi amor!

ZOILO: (*A los obreros*) ¡Corran a la isla! ¡Hay que salvar a los niños!

(Los obreros parten con rapidez)

VECINA: (*A Natividad*) ¡Apresúrate, Natividad... ven! (*De pronto toma conciencia de que algo grave ocurre y grita*) ¡Y Crisanto? ¡No veo a

Crisanto! (Se acerca a Natividad, quien no la mira, absorta en el fuego que se extiende en el lago) ¿Dónde está Crisanto?

NATIVIDAD: (Tendiendo los brazos hacia las aguas) ¡Allí está, ardiendo! ¡Ardiendo!

VECINA: (Perpleja y horrorizada) ¡No puede ser, Natividad, no!

(Por la puerta pasa gente corriendo y gritando)

VOCES: (Afuera) ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Ya esto arde también...! ¡Huyamos!

ZOILO: (A la Vecina) Salvémosle algo...

(Comienza a reunir algunos objetos y a envolverlos en una cobija. La Vecina con rapidez, lo imita acumulando unos cuantos trastos. Pero las voces afuera crecen y se oyen explosiones. Alguien se asoma por la puerta y les grita:)

Voz: ¡Ya arden estas barracas, salgan!

ZOILO: (A la Vecina y señalando a Natividad) ¡Debemos sacarla cuanto antes!

VECINA: ¡Sí! (Va hasta Natividad y la tira por un brazo) ¡Esto también se incendia...! ¡Huyamos, Natividad...! (Natividad se resiste y se inclina hacia las aguas, la Vecina la agarra; en el fondo alumbría un relámpago) ¡Un relámpago...! ¡Ojalá llueva y se apague el incendio...!

ZOILO: (Golpeando con fuerza la mesa) No lo apagará una simple lluvia, ni siquiera una fuerte

lluvia. (*Con ira*) Será necesario una gran tempestad, con truenos, centellas, rayos... ¡Y me gustaría tener fuerzas para hacerla caer ahora mismo...!

NATIVIDAD: (*Mientras la vecina trata de arrastrarla*) ¡Quiero ir allá! ¡Donde está Crisanto! ¡Dónde cayó Crisanto! (*Zoilo se acerca a ellas*) ¡Déjame! ¡Crisanto! ¡Crisanto! ¡Ven! ¡Ven! (*Zoilo la toma en brazos mientras la Vecina recoge el bojote que Zoilo hizo con la cobija*) ¡Crisanto, ven, que nos está devorando el petróleo! ¡Nos devora! ¡Todos estamos ardiendo! ¡Todos! ¡Mira como crece el fuego! ¡Miralo, mi amor! (*Zoilo, luchando con ella, la saca de escena, la Vecina los sigue. Los gritos de Natividad se oyen alejándose. Oscuro. Cae una cenital sobre el Obrero I, quien se acerca al tronco donde aguarda Zoilo, lesionado*)

ZOILO: (*Al Obrero I*) ¿Sigue el incendio?

OBRERO I: ¡Sigue!

(*Los ayuda a incorporarse y a caminar. A lo lejos se oyen fuertes explosiones y aumenta el resplandor rojizo. Oscuro*)

TELÓN.

FIN DE LA OBRA

*Este libro se terminó de imprimir
en los Talleres litográficos
Instituto Municipal de Publicaciones
durante el mes febrero de 2015
500 ejemplares
Caracas-Venezuela*



Alcaldía
de Caracas

Jorge Rodríguez
Alcalde

Freddy Náñez
Presidente de Fundarte

Consejo Directivo
Gustavo Pereira
Alberto Rodríguez Carucci
Zuleiva Vivas
Nelson Guzmán
Carlos Tovar
Saúl Rivas Rivas
Xavier Sarabia

Secretaria General (E)
Yusbely Ramírez

Gerente de Publicaciones
Kelvin Malavé

Otros títulos

- 1.- *Lo que dejó la tempestad*
- 2.- *Oscéneba*
- 3.- *La fiesta de los moribundos*
- 4.- *La esquina del miedo / La sonata del alba*
- 5.- *Apacuana y Cuaricurián*
- 6.- *Un tal Ezequiel Zamora*
- 7.- *Los hombres de los cantos amargos*
- 8.- *Esa espiga sembrada en Carabobo*
- 9.- *Curayú o El Vencedor*
10. *Buenaventura chatarra*
- 11.- *Joaquina Sánchez*
- 12.- *Maria Rosario Nava / Manuelote*
- 13.- *¿Por qué canta el pueblo? / Harapos de esta noche*
- 14.- *Las mariposas de la oscuridad*
- 15.- *El vendaval amarillo*

El vendaval amarillo, drama que se desarrolla «en un lugar del Estado Zulia, durante los años 1938-1939». Hecho real, el incendio accidental de las aguas contaminadas por petróleo en Lagunillas, le sirve de base para mostrar el mundo agotado de los campesinos que deben iniciar un periplo por los campos petroleros para sobrevivir. La absorción de las tierras por las compañías petroleras de diferentes nacionalidades, pero ambiciones comunes; la falsa ilusión de la riqueza negra y donde gran parte de los habitantes encuentra la muerte en la tragedia. En esta obra César Rengifo dibuja con un tratamiento casi cinematográfico cómo «la cultura del petróleo» transformó el esfuerzo y la constancia en el facilismo. La avidez por los bienes materiales, la búsqueda del estatus a cualquier precio reemplazo la modestia, la sencillez y la conducta de los habitantes de las provincias petroleras en esas décadas iniciales.

ISBN: 978-990-253-602-3



9 78990 2536023



Alcaldía
de Caracas



Colección Biblioteca César Rengifo - N° 15